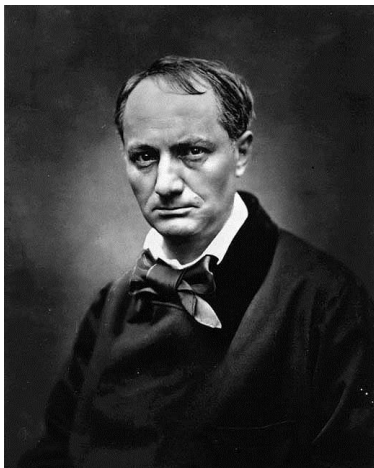


LA URDIMBRE DE UN GRAN TAPIZ

Consideraciones sobre *El largo hilo de seda. Viaje por las montañas y los desiertos de Asia Central*, de Eduardo Martínez de Pisón.

Por **Francisco Alonso Otero**
Geógrafo



No hace mucho tiempo pude leer en un diario madrileño un artículo de **Roberto Calasso** dedicado al poeta **Charles Baudelaire**, en el que comentaba la importancia que la invención de la fotografía tuvo en el desarrollo de la pintura y de la literatura a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pues tanto la una como la otra deberían captar, como la fotografía, la belleza del momento, el efímero paso del instante. La captación del instante ha sido la trama dominante en el desarrollo del pensamiento y del arte del siglo XX, y aún sigue dominando en los comienzos del XXI. Este hecho es de sobra conocido y sobre él se ha escrito numerosas veces. En esas mismas páginas del citado diario (*Babelia* nº 1.038; *El País*, 15.10.11) Francisco Calvo Serraller incidía sobre ello con un nuevo matiz, al comentar que el hombre actual, cuanto más acopia información sobre lo inmediato, más pierde de vista no ya lo lejano, sino lo profundo, que configura y sostiene lo real; la urdimbre, podríamos añadir, en la que a lo largo de la historia se han mezclado e interpenetrado paisajes y territorios.

El presente libro es un magnífico muestrario de lo efímero y de lo duradero en un amplio segmento del continente asiático, en el que su autor nos muestra la experiencia de su contacto con aquellas remotas tierras, aún bastante inaccesibles, a lo largo de sucesivos viajes, en los que ha captado con una mirada profunda la realidad de sus paisajes y territorios, los avatares de su historia, cultura, creencias y desarrollo económico, mediante una prosa limpia, sin gritos y sin arrugas. Para ello se ha servido de los dos cabos del ovillo de seda que desde tiempos legendarios se ha desenrollado por la parte más ancha de aquel continente, desde la China al mar Mediterráneo, mostrándonos la urdimbre del prodigioso tapiz sérico que él ha tenido la oportunidad de ver y entender y por el que nos lleva de la mano, paso a paso, por los entresijos de cada uno de sus componentes.

Está compuesto básicamente de dos partes fundamentales, acompañadas de un prólogo realizado por **Sebastián Alvaro**, una breve introducción y una bibliografía de lecturas recomendadas, además de unos sencillos mapas introductorios de cada sector de la ruta, de fotografías y de dibujos, todos ellos realizados por el autor; todo el conjunto abarca unas 200 páginas. En la



introducción, muy sucintamente, se nos indica por una parte cuál va a ser la sustancia del libro -«un relato de viajes para la mente y los sentimientos, para comunicar una lectura del paisaje, a potenciales viajeros, activos o especulativos, compartir miradas y lugares»-, y que necesariamente se ha de basar tanto en «sus cuadros naturales como en su sustancia cultural, por lo que necesita ser referido a su proceso histórico», y por otra el contenido de cada una de las dos partes fundamentales de que consta.



La primera parte, de unas 50 págs., titulada «Los paisajes en el tiempo», nos va desenrollando sobre el territorio los dos cabos del camino tendido por el ovillo sérico –el del este y el del oeste- desde sus primitivos inicios, su abandono y ocultación durante siglos por el desuso y la incuria del tiempo en extensos tramos desérticos y montañosos, y su redescubrimiento –tal vez habría que decir desenterramiento- a partir del siglo XIX por nuevos exploradores, momento a partir del cual se le conoce con el nombre de **Ruta de la Seda**. Para la exposición de esta primera parte se despliegan varios capítulos que ordenadamente explican el origen y la consolidación del camino.

El primero de ellos, «El símbolo de la seda», nos habla de la importancia que tuvo el lujo y el refinamiento en las poblaciones interpuestas en la ruta para que el comercio de la seda, uno de los productos más refinados a lo largo de todos los tiempos, pudiera avanzar a través de los más inhóspitos territorios del continente euroasiático, desde el océano Pacífico hasta el mar Mediterráneo. Aunque no sólo la seda; una vez abierta la ruta, por ella también se introdujeron otras mercancías, así como un mundo de ideas, creencias, religiones y, también, invasiones y conquistas de pueblos guerreros.

En el segundo, «Doctrinas y embajadas», se nos muestra la expansión de diferentes culturas y creencias religiosas tras la huella del hilo de seda.

En primer lugar sigue el rastro que ha dejado la religión budista, desde las riberas del Ganges hasta el desierto de **Taklamakán** (detalle en la fotografía; © Eduardo Martínez de Pisón) a lo largo del surco abierto por el río Indo en el



corazón de las montañas asiáticas, y desde allí, siguiendo la ruta propiamente dicha, hacia la China por el este y hacia la meseta del Pamir y el mar de Aral por el oeste, por donde difusamente se pierde su rastro. Continúa siguiendo los pasos de la peculiar y originalísima corriente artística de Ghandara, que significó en su momento «la reunión de las ideas, cultos y personajes de la India con las formas helenísticas de representación de las figuras humanas». A continuación nos muestra cómo desde la China avanzaron las doctrinas de Lao Tsé, y desde Persia y el Mediterráneo las de zoroastristas, maniqueos y

nestorianos. Por último nos indica cómo la presencia del Islam en el corazón de Asia, a partir del siglo IX, bloqueó la ruta e interrumpió la expansión de nuevas culturas, aislando los territorios de un príncipe tártaro nestoriano súbdito de China, que con el tiempo dio lugar a la leyenda del Preste Juan. Con bellas palabras, nos describe cómo durante mucho tiempo se mantuvo la ilusión del contacto con el extremo, tanto desde occidente (a la búsqueda del Preste Juan) como desde oriente (a la búsqueda de los caballos celestes, o siguiendo la ruta de Xuang Zang o la de Fa Xian, los monjes errantes o peregrinos; pero en medio quedaba el desierto y el mundo islámico, con Samarcanda en su centro.

En el tercero, «Los viajeros», nos describe cuatro prototipos de caminantes por la ruta, siguiendo un orden cronológico: el explorador antiguo, valiéndose como modelo de Chang-Kien, que en el año 139 a.C. fue más allá de la Gran Muralla a la búsqueda de los caballos de Fergana; el monje errante o peregrino –Fa Xian- en pos de las raíces budistas; el mercader europeo -Marco Polo- con ansias de alcanzar la China; los sabios del siglo XIX y principios del XX, a la búsqueda de territorios desconocidos y geografías ignotas. Aunque estos son los modelos que establece, no por ello se olvida de los ejércitos conquistadores – chinos, griegos, romanos, cruzados- ni de las misiones religiosas –las católicas en el Extremo Oriente-.

El cuarto, «Elementos del escenario», nos introduce en el gran tapiz geográfico del Asia Central, con sus bandas desérticas orientadas de oeste a este, orladas por cadenas montañosas y altiplanos que las enmarcan y cierran. La ruta, según su autor, traza su senda entre dichos desiertos y cadenas montañosas, siguiendo los oasis que se sitúan en los cursos de los ríos que descienden desde sus cumbres antes de perderse en la nada, o entre la maraña de montañas a la búsqueda de los pasos más favorables. En el centro de la ruta, como una cáscara de almendra rasgada hacia el este por el corredor de Gansu o Hexi, la cuenca de Tarim –y el desierto de Taklamakán acogido en su seno- constituye su tramo más difícil, pero tal vez también uno de los más interesantes.

En los tres siguientes capítulos se nos desvelan algunos de los episodios más significativos sobre los orígenes de la ruta o sobre su redescubrimiento en tiempos recientes. Así, en «El lago que camina» (capítulo cuarto) se narra cómo en el siglo XIX pudo reconstruir un sector de la ruta el geógrafo sueco Sven Hedin, a lo largo de cuarenta años llenos de aventuras y de penalidades, por las movedizas dunas del Taklamakán y por el enigmático y oscilante lago Lop Nor, situado en su extremo oriental. En «La civilización escondida» (capítulo quinto) se nos va mostrando el camino seguido por los eruditos y aventureros que siguieron las huellas de Sven Hedin por la Ruta de la Seda a la búsqueda de sus tesoros ocultos, ignorados en lugares remotos o sepultados por las arenas; no siempre ha sido una búsqueda desinteresada, pues al abrigo de los más conocidos descubrimientos y en nombre de la ciencia también se ha saqueado y robado. En «El secreto mejor guardado» (capítulo sexto) nos habla no sólo de la expansión del comercio de la seda desde tiempos muy remotos por el continente asiático a través de dicha ruta sino, sobre todo, de cómo se ha expandido también por ella la sericultura, alcanzando el extremo occidental del Mediterráneo, en contra de la voluntad de los gobernantes chinos.

Por último, en el capítulo séptimo («El sentido de los paralelos») nos introduce finalmente en la expansión de la ruta, tanto desde Europa hacia el este, desviándose de los desiertos africanos y adentrándose en los del corazón del continente asiático mediante oasis y corredores intramontañosos, como desde la China hacia el oeste, de manera simétrica, a través del corredor de Gansu y el desierto de Taklamakán. A ambos lados de la ruta han quedado, perdidos y olvidados, los restos de otras sendas, ciudades y civilizaciones, debido a las cambiantes condiciones climáticas, a los irregulares cursos de los ríos y a la inestabilidad política de imperios y reinos. A manera de resumen, tal como dice su autor, «desde occidente se hizo tal camino más o menos esporádicamente hacia las tierras del este por los hombres de los imperios mediterráneos clásicos, tras ellos otros conquistadores, pobladores, peregrinos, cruzados, mercaderes, misioneros, herejes, artistas, embajadores, finalmente viajeros que eran tomados por cualquiera de las especies anteriores. Desde oriente partieron exploradores, diplomáticos, monjes, guerreros, a veces hordas, desterrados, filósofos, también artistas y mercaderes, políticos, administradores... colonos, pacificadores... pero pese a tanto trasiego, casi nunca se encontraron las gentes de los extremos».

La segunda parte, de unas 140 págs., está dedicada a explicarnos la ruta paso a paso, tal como él la ha hecho y conocido a través de varios viajes escalonados en el tiempo. Se vale para ello de tres grandes capítulos, con sus correspondientes apartados; en cada uno de ellos nos explica los segmentos de la gran senda asiática con forma de «T»: el brazo oriental, que desde las montañas del Pamir llega hasta el corazón de la China; el brazo occidental, que desde esas mismas montañas llega hasta el mar Mediterráneo; y el ramal meridional, importante desviación de la ruta principal que, con rumbo sur, va desde las estribaciones más meridionales de las montañas del Pamir hasta las llanuras indogéticas a través del surco del río Indo.

En el primer capítulo, «Nudo de cordilleras», nos lleva por el ramal meridional que sigue el surco del río Indo, tras los rastros de las caravanas y de las diferentes civilizaciones que han pasado por él en uno u otro sentido y que han dejado sus huellas en forma de petroglifos sobre peñascos rocosos cercanos al curso del río, inscripciones naturalistas, budistas e islámicas que a veces se avicinan y a veces se superponen. Siguiendo sus pasos, vamos recorriendo con su mirada y con sus palabras los espectaculares paisajes que la ruta atraviesa, incluso a veces se desvía de ella para aproximarnos a los grandes santuarios de la naturaleza de este sector del continente asiático.

Desde el corazón del Pakistán nos va llevando por la carretera del Karakorum sorteando las dificultades circulatorias y los bazares de los pueblos-calle que orlan la ruta hasta introducirnos en el corazón de las espectaculares montañas.



Este lugar es el punto de encuentro de las placas asiática e índica; justo desde este lugar, y perpendiculares al surco del río, las cadenas montañosas, como si fueran las varillas de dos grandes abanicos más o menos simétricos, se alejan y se separan, tanto hacia el este –el Himalaya, el Karakorum, el **Kunlún** (detalle en la fotografía; © Eduardo Martínez de Pisón) como hacia el oeste – el Hindu Kush, las montañas del Pamir–.

Por el río Indo nos introduce en este intrincado enclave montañoso a través de sus espectaculares gargantas con enormes desniveles siguiendo la carretera del Karakorum, salvando ingentes obstáculos y sometida a constantes y dificultosos procesos de reparación. A dicho río, nos indica, confluyen múltiples afluentes desde muy variados ámbitos montañosos, conformando una tupida red en donde, según sus palabras «se encierran valles y culturas de fuerte personalidad... al oeste Chitral –conjunto de valles apartados con oasis en las montañas- en el centro Hunza –mito de lugar retirado y tranquilo, pero también de reyezuelos y bandoleros- y Gilgit –encrucijada de imperios-, y al este Skardú»; por esos valles penetraron en su día tanto la religión budista como los ejércitos de Alejandro Magno.

Pausadamente, nos va contando sus experiencias y sensaciones, tanto las actuales como las vividas a lo largo de sus varios viajes por la zona. Así, siguiendo la carretera del Karakorum nos describe los paisajes del surco del Indo y de las altas cumbres que lo enmarcan, abandonando cuando es necesario dicha carretera para penetrar en los macizos montañosos más



espectaculares, primero en torno al **Nanga Parbat** (detalle en la fotografía; © Eduardo Martínez de Pisón), la cumbre más occidental del Himalaya a cuyos pies circula el río Indo, y luego en el valle de Skardú, entre el Himalaya y el Karakorum, desde donde se interna en el corazón de esta última cordillera y alcanza el valle glaciario de Baltoro, «silencioso lugar expulsado de las reglas del mundo con aparente inmovilidad donde está el taller perdido en el que se fabrican las cordilleras y los paisajes de los primeros tiempos. Aquí aún se esconden los tronos de los dioses antiguos, los refugios de un paisaje en extinción. Estos son los últimos momentos de otros tiempos del mundo donde todo es construcción, forma y demolición a la vez».

De nuevo en la carretera del Karakorum, nos describe el valle de Gilgit y el de Hunza «valle fértil verde y apacible... por ser oasis cerrado y por la longevidad de sus habitantes es leyenda: se pensó que era el novelesco Shangri-La, y por los rasgos de sus gentes, tal vez descendientes de Alejandro Magno». Pero en el siglo XIX también ha formado parte del Gran Juego entre los imperios ruso y británico, principalmente. Finalmente, nos lleva hasta el Khunjerab Pass, a más

de 4.700 m., altiplano amesetado situado entre las frías y extensas soledades del Pamir y del Kunlún, que marca la frontera entre el Pakistán y la China, y en donde acaba el capítulo.

El segundo capítulo es el más extenso de todo el libro; en unas pocas páginas, al comienzo del mismo, se recorre todavía el tramo final del ramal meridional a la búsqueda de la Depresión de Tarim, en cuyo extremo occidental, tras atravesar «altiplanos entre montañas, gargantas entre macizos romos o entre cerros acarcavados, y entre dunas voladoras», se sitúa la ciudad de Kashgar, importante cruce de caminos en donde se encuentra con los dos brazos de la Ruta de la Seda. Según sus palabras «es el tuétano de la Ruta. Mercado, mezquita, mezcolanza de gentes... mujeres chinas o uigures... el día de mercado parece aún la ciudad de las caravanas... pero más allá de la ciudad, el desierto, la quietud muerta».

Desde Kashgar nos introduce en el brazo oriental, indicándonos cómo se bifurca en dos caminos que contornean el desierto de Taklamakán por su orla montañosa, a la búsqueda del agua que desciende desde sus cumbres antes de perderse en el desierto. Hasta que ambos caminos se juntan de nuevo en el extremo oriental del desierto, a la entrada del corredor de Gansu, actualmente sólo hay dos carreteras que sirvan de enlace entre ambos; la más occidental, de unos 500 kms. de longitud, es la que atraviesa el desierto por su parte más ancha, y se la describe de la siguiente manera: «está cuidada como un jardín, con una malla que protege la cuneta y en la que se han plantado árboles regados por goteo para frenar el avance de la arena... para cuidar el jardín hay cada cuatro kilómetros una casilla de peón caminero que alberga a los cuidadores de cada tramo, suministrados, junto con el agua de riego, por camiones venidos de China, permaneciendo ahí un tiempo y siendo reemplazados».

El camino del sur, que sigue paralelo a la vertiente norte de las montañas de Kunlún, es «el camino de los oasis...una cadena de vegas con sus eslabones de desierto intercalados... una sucesión alternante de vacíos y trasiegos». La carretera actual y las poblaciones que la jalonan se han alejado de la antigua ruta y de sus viejas ciudades, más internadas en el desierto. Las ruinas de Niya y especialmente las de Loulán, en las inmediaciones del cambiante lago Lop Nor, son un magnífico ejemplo; erigidas y reconstruidas tantas veces como fueron arrasadas, han ido menguando cuando a ellas no afluía el agua de las montañas próximas, desapareciendo su rastro tras la islamización del Taklamakán y tras la interrupción del contacto con occidente durante la dinastía Ming.

El camino del norte sigue un corredor entre la cordillera del Tien Shan y el desierto, aprovechado por el curso del río Tarim, aunque la ruta se aleja de él y se aproxima a las montañas, a la búsqueda de las corrientes de agua que descienden de sus vertientes, a cuyas orillas arboladas se sitúan las poblaciones más importantes. Más al este se adentra en la depresión de Turfan, profundo agujero que alcanza los 154 m. bajo el nivel del mar y contorneado por las estribaciones más orientales del Tien Shan, en cuyo seno se esconden las ruinas de viejas ciudades como Gaochang, que «representa 1400 años de historia, desde las huellas de Ghandara budista a la de los nestorianos y los maniqueos, pasando de guarnición a capital, centro estratégico chino, sede uigur de

Karakhoja y caída en manos de Tamorlán y sus aliados islámicos en el siglo XIV».

Tras rodear la depresión de Hami y asomarse a las estepas de «rampas erosivas, sierras veteadas de estratos, montículos cónicos, ramblas con matorrales y pizarras con cuarzo», el camino alcanza el oasis de Dunhuang, «principio y fin del viaje no protegido... a su oeste se abría la ‘tierra limpia’ budista, el origen del credo, y a la vez el desierto implacable, el peligro... a su este, China, el Imperio»; en sus inmediaciones se ubican las grutas de Mogao, dedicadas a Buda, «símbolo de una creencia, devoción y viaje», y con los 50.000 manuscritos resguardados entre los siglos IX y XX.

En Anxi, próximo al oasis de Dunhuang, se reunifican de nuevo ambos caminos y comienza el corredor de Gansu o de Hexi, estrecho pasillo protegido ya por la gran muralla china; orientado de noroeste a sureste hasta alcanzar el río Amarillo en Lanzhou, es la puerta de entrada a Xian y al corazón de China. Está limitado por el desierto de Gobi al noreste, y por las montañas Qilian -reborde nororiental del altiplano de Qinghai, que a su vez es el escalón más nororiental de la meseta tibetana- al suroeste. Todo él está salpicado de oasis regados con las aguas que descienden de las montañas Qilian, pero quedan separados unos de otros «por desiertos de todo tipo –gobis, yardangs, dunas, llanos de arena, ramblas secas, glacis escalonados, conos de deyección, serrezuelas, ríos que se pierden, áreas lacustres. El enemigo al acecho es la tormenta negra de arena, de las que los oasis se defienden mediante celosías de hileras de chopos».

Pocos caminos se alejan del corredor de Gansu; hacia el desierto de Gobi y Mongolia el corredor se ha protegido de las invasiones de los pueblos nómadas mediante la construcción de la gran muralla; hacia el Tibet la propia orografía ha sido y es una gran muralla, aislando a los tibetanos en su elevada meseta.

Sin embargo en el oasis de Zhangye se cruzan transversalmente la ruta de la seda y el camino que «viene del Qinghai tibetano y pasa al Gobi de Mongolia». Dicho camino hunde sus raíces en viejas sendas ganaderas que tanto desde el norte (Gobi y Mongolia) como desde el sur (desde el Qinghai y, aún más allá, desde el corazón del Tibet) se acercaban a los oasis del corredor de Gansu. Por él y desde el corredor se expandiría el budismo tanto hacia el Tibet como hacia Mongolia, y por él, atravesando el corredor, se difundió el lamaísmo tibetano desde el Tibet hacia Siberia. Es pues un cruce de dos rutas muy simbólico, una de origen comercial y otra de origen ganadero, pero por ambas se difundió la religión budista. No muy lejos de dicho cruce, cercano a la ciudad de Xining y junto a una vaguada al abrigo de una montaña se sitúa «el monasterio de **Kumbum** (detalle en la fotografía; © Eduardo Martínez de Pisón) o Ta’ersi, auténtica ciudad monástica, foco espiritual de enlace entre la religiosidad del Tibet y Mongolia».



Para entender ese mundo colgado del Tibet su autor nos introduce en él a través de dos circuitos:

El primero de ellos arranca del desierto de Taklamakán, contornea la elevada hoya de Qaidam Pendi, atraviesa dos veces el Kunlún y se asoma a la elevada meseta del Tibet, para finalizar en el corredor de Gansu tras rodear el altiplano de Qinghai y el macizo de Anemachen, bordear el lago Koko Nor y cruzar las montañas Qilian.

Con el segundo nos lleva a la búsqueda de Shangri La, lugar utópico inventado por la literatura del siglo XX y escondido en algún recodo de las montañas centrales de Asia, en el macizo del Karakorum (valle de Hunza), o en torno al solitario macizo del Anemachen por encima del corredor de Gansu o, por qué no, en Zhongdian (denominado Shangri La por las autoridades chinas a partir de 2001), no lejos de la Montaña de Nieve de Dragón de Jade, a la que rodea el río Yang Tsé por la Garganta del Tigre. Hasta este último lugar dirige sus pasos nuestro guía desde el corredor de Gansu, tras contornear el macizo de Anemachen (montaña sagrada tibetana), atravesar todo el sector oriental de la meseta tibetana, y alcanzar su reborde montañoso, la cordillera Hengduan, «que se despliega en dedos entre los ríos Yang Tsé y Mekong... dominada por la aguja piramidal del Minya Konka -7.756 m-, colgada sobre el mundo... y por donde atraviesa la Ruta del Té de Chendú a Lhasa y actualmente las comunicaciones este-oeste». Desde allí se desciende de la cordillera por «paisajes glaciares, pueblos colgados en espolones rocosos, bosques, puentes, torres, senderos de montaña» hasta llegar a Zongdian –perdón, Shangri La- «que se encuentra cobijada en un valle plano, glaciar, antes que se descuelgue como valle fluvial al Yang Tsé».

El tercer capítulo, «Las rutas del oeste», está dedicado al brazo occidental de la Ruta de la Seda. Desde Kashgar, y para salvar el abanico de montañas occidental que confluye en torno al Khunjerab Pass, este brazo «se multiplica en ramales que divergen o convergen, que se dilatan o que atajan, que enlazan con otras redes regionales de caravaneos». Tras dejar atrás las montañas, y «reagruparse de nuevo todos los ramales se reabsorbe y se despieza en itinerarios con sello regional, que se van encadenando... en puntos clave, que actúan como imanes de caminos y a la vez como centrifugadores... Son las señaladas y diferentes ciudades de su recorrido que lo atraen y dispersan: Samarcanda, Mashad, Teherán, Bagdad, Damasco y los puertos del Mediterráneo».

Persia ocupa el sector central de este brazo de la ruta. De forma simétrica a como sucede en el Taklamakán, «sus ciudades se esparcen en semicírculo en torno a las montañas áridas, en hileras de oasis; al norte en torno al Elburz, al sur en torno a los montes Zagros»; en el centro se sitúa una vez más el desierto: «el mar de dunas del Lut, las ciudades de piedra, los 'kawires' o sartenes de agua donde se reúnen precarias escorrentías, con concentración de fangos y sales de colores de la tierra próxima... en donde la sal se seca y se agrieta, formando un 'kaseh' o malpais», que anegado por las lluvias se transforma en un fangal en donde pueden desaparecer tragadas por el fango las caravanas.

Terminamos este comentario con las propias palabras del autor de este magnífico libro, y se las reenviamos como un mantra para que no se olvide de ellas en el futuro: «El viajero siempre ha de aventurarse. Va a lo desconocido, no sabe lo que le espera, tal vez sus propios sueños, acaso sus lugares imaginados, tal vez lugares evocados en las bibliotecas y que ya no existen... pero puede encontrarse aún lugares no descritos, sin mapas ni documentos, sin especial significado, huecos geográficos en la cultura, y que pueden ser en el horizonte real paisajes espléndidos, a la espera del viajero, del explorador, o de su mirada, desde hace milenios».